

## **MODELO AGUSTINO, MODELO COMUNITARIO**

Una de las noticias más resaltantes del pasado año fue la muerte del rey del pop Michael Jacson. Traigo aquí esta figura más que nada porque es de alguna manera la imagen de nuestro tiempo: El hombre aislado, individualista, negador de lo comunitario, centrado en sí mismo, ennegrecido por el ego. En esta línea, hoy, vemos cómo arrasa a nivel mundial el boom del Chat, el Facebook el YouTube, el Twitter, el móvil... Millones de personas con hambre de comunicación, de amistad, de relación, de ser significativos para otros, pero a la postre, aislados. Vivimos en un mundo intercomunicado pero vacío de comunión. ¿Cómo en este clima no va a ser atractivo el proyecto de Agustín propulsor de comunidad, abierto a Dios y a los hermanos, sembrador de amistad, de comunión, de amor personalizado! El mundo está pidiendo a gritos el modelo agustiniano.

Agustín no pasa de moda porque tiene una visión integradora del hombre, una visión existencial y dinámica. En Agustín encontramos el esquema antropológico del Vaticano II. Para impulsar su modelo comunitario bebe en las fuentes del Evangelio y en la cultura greco-romana. De ese encuentro brota la forma más idónea de entender el paso del yo al nosotros en mutua fecundidad. Sitúa la vida de Dios en el hombre, en el centro de las relaciones humanas. Nos dice que el hombre crece en la medida que se relaciona y se deja habitar por Dios. Si contemplamos a Agustín y al hombre en sus dimensiones de interioridad, de trascendencia, de fraternidad y de amistad, enseguida descubrimos al testigo para el ser humano de nuestro tiempo. Es más, podríamos decir que Agustín entronca con los personalismos de nuestro tiempo (Mounier) porque recupera al sujeto en su dimensión individual y comunitaria. El otro, entendido como el compañero de los destinos de mi libertad (Marcel), encuentra ya en Agustín su mejor expresión.

Pero Agustín le añade algo: Cristo es la referencia obligada para todo aquel que, desde lo humano, y desde la Fe, asume al hombre total. Es decir, ha devenido en fracaso o en imposible, realizar la utopía de poner el bien común por encima del propio, si la persona no se abre a la Fe, al Trascendente. Las relaciones humanas cambian de signo si el espacio humano, personal y comunitario, es habitado por la Trinidad. Pero hoy estamos marcados más por la civilización del tener y del consumir que por la del ser y la del amor. La crisis de la sociedad se refleja en esa nefasta separación de ética y conducta. Al mundo le falta Cristo. Entender esto es apoyar sin ambages una educación centrada en la pastoral.\*